



LA EMERGENCIA DE LAS MUJERES EN EL PODER. ¿HAY CAMBIOS EN PERÚ?

Cecilia Blondet*

El artículo discute, a propósito del caso peruano, el impacto de la emergencia de mujeres en situaciones de poder, considerando en particular su influencia en la ampliación (o no) de los derechos de las mujeres en general. Haciendo un recuento de la diversidad de las mujeres en la política actual, señala las virtudes y los límites del patrón de inclusión femenina del gobierno personalista y autoritario del presidente Fujimori. Asimismo, observa hasta qué punto, la debilidad institucional, la falta del liderazgo y los escasos canales de participación social y política existentes en el Perú, dificultan una relación de negociación entre el Estado y la sociedad.

This article discusses, with regards the case of Peru, the impact of the emergence of women in situations of power, particularly considering their influence on the extension (or no) of women's rights in general terms. After reviewing the variety of women in politics today, the article points out the virtues and the limitations of the pattern of including women in the personalized and authoritarian regime of President Fujimori. It also examines to what point the institutional weaknesses, lack of leadership and meagre channels of social and political participation that exist in Peru hinder a relation of negotiation between the State and society.

Introducción

Hoy en día es innegable la emergencia de mujeres en posiciones de poder e influencia, y forma parte del sentido común el que las mujeres desempeñen múltiples funciones en la sociedad y en la política, anteriormente inimaginadas. Esta nueva ubicación les ha permitido asumir responsabilidades políticas, empresariales y profesionales locales y nacionales. Así, por ejemplo, cinco mujeres podrían ser elegidas en América Latina para dirigir a sus pueblos en

* Instituto de Estudios Peruanos.

los próximos años: en Argentina, Graciela Fernández Meijide, actual senadora; en Colombia, Noemí Sanín, ex ministra y ex embajadora; Mayin Correa, periodista de radio y televisión, alcaldesa de Panamá; Lourdes Flores Nano, activa congresista, lideresa de la oposición en Perú, e Irene Sáez, ex miss mundo venezolana, alcaldesa exitosa de un barrio de Caracas.

¿Podríamos decir que esta emergencia de las mujeres en la vida pública promueve, efectivamente, sus derechos e inclusión de la cuestión de género en la agenda política nacional? ¿Hasta qué punto dicha promoción se encuentra condicionada por el tipo de régimen político y desarrollo institucional de la sociedad?

En este artículo quiero discutir estas cuestiones a partir del caso de Perú. Para tal efecto, en la primera parte, relataré una historia que ilustra la dinámica social en la que se encuentran inmersas las mujeres de los pueblos del interior y de las poblaciones pobres de la ciudad, con la idea de mostrar las diferentes expresiones de un proceso vislumbrable de las mujeres en la sociedad, y de discutir las distancias que existen entre ellas y las lideresas en el poder. Seguidamente, presentaré un perfil con las principales características de las mujeres que hoy se encuentran en posiciones de poder e influencia, poniendo énfasis en la diversidad de patrones del liderazgo femenino actual, tanto en términos sociales como generacionales, lo que afecta, en gran medida, sus expectativas y agendas en el poder. Luego, intentando ensayar algunas explicaciones sobre este creciente protagonismo femenino, analizo brevemente los intereses del gobernante y los de las mujeres en este encuentro. Finalmente, reflexiono sobre la distancia existente entre las lideresas en el poder y las locales, en un escenario político complejo en el que se combinan prácticas autoritarias con políticas sociales democratizadoras dirigidas a sectores débilmente organizados.¹

¹ Agradezco los valiosos comentarios de Carmen Montero, Julio Cotler, Patricia Oliart y Liuba Kogan. Este artículo es parte de la investigación "Las mujeres y la nueva política: liderazgo y ciudadanía" realizada en el Instituto de Estudios Peruanos con el auspicio de la Fundación Ford. El material analizado proviene de 30 entrevistas en profundidad que recogen las historias familiares, educativas y ocupacionales de importantes lideresas políticas, funcionarias públicas y profesionales de las ONG del país. No obstante quedan por analizar algo más de 60 entrevistas a ejecutivas, empresarias, periodistas y artistas de reconocida trayectoria. Este texto es una primera elaboración sobre el material de trabajo de campo, que considero como informe etnográfico; no presenta aún referencias bibliográficas ni se ubica en el debate académico que sobre el tema existe nacional e internacionalmente. Será una de las siguientes tareas de esta investigación.

Las brujas de Huancabamba

Huancabamba es una provincia serrana del departamento de Piura, al norte del país. Es tierra de chamanes, brujos y hechiceros, que aplican conjuros, limpian y curan en las lagunas de las Huaringas, con cantos y ofrendas al Apu, a la virgen y los coros celestiales, al agua y a la tierra. Como la mayoría de provincias altoandinas, es pobre, eminentemente rural y bastante alejada de la capital del departamento. La población está compuesta por 117 500 habitantes, todos hispanohablantes; entre las mujeres el porcentaje de analfabetismo es de 34 por ciento.

Desde Piura hasta Huancabamba se pueden demorar ocho horas en ómnibus, cruzando la cordillera y mirando paisajes espléndidos, pero desolados. Los senderistas escogieron estas tierras como corredores y escondrijos para huir o llegar a la sierra de La Libertad, donde tenían una importante base de operaciones.

Sofía Zapata, hija de unos comuneros acomodados, salió de su pueblo a mediados de los años sesenta para estudiar secundaria y posteriormente continuar sus estudios universitarios en sociología en la ciudad de Lima. Al dejar Huancabamba se prometió a sí misma volver con algo que ofrecer a sus paisanos. Éste es un pensamiento recurrente en muchos migrantes, sobre todo entre los que salen a buscar mejores oportunidades, dejando familia y afectos en su lugar. Los que no dejan pertenencias, más bien, ni vuelven, ni miran hacia atrás.

A mediados de los ochenta, Sofía había acumulado cierta experiencia en temas de desarrollo y fundó su propia ONG: el Instituto de la Mujer Campesina, para conseguir financiar algunos proyectos para su comunidad.

Demoró en volver, pero a fines de la década pasada había conseguido financiar los primeros proyectos, con los que inició un largo y lento proceso de capacitación de mujeres campesinas. Iba y venía, con carpetas de alfabetización, cursos de nutrición, de cuidado de animales menores, semillas, cultivo de huertos caseros, liderazgo y salud reproductiva. Con el apoyo decidido de Sofía, registraron sus clubes ante el Estado y la Iglesia, y de esta manera consiguieron alimentos de Cáritas y del Programa Nacional de Apoyo Alimentario-Pronaa, y entraron en el circuito asistencial del gobierno hacia las

mujeres. Conforme cambiaron los tiempos, a principios de los noventa, la ayuda de la ONG de Sofía consiguió financiar pequeños fondos de crédito rotatorio, y las mujeres comenzaron a producir y vender sus productos. Los clubes de madres levantaron sus locales y a través de la organización, o por esfuerzo personal, muchas de las mujeres de Huancabamba se hicieron de un pequeño ingreso, de una actividad propia y aprendieron a ir y venir del caserío a la ciudad, a hablar con los dirigentes, a exigir, etcétera.

Los senderos en Huancabamba

Cuando capturaron a Abimael Guzmán en septiembre de 1992, el gobierno decretó la Ley de Arrepentimiento con el objetivo de dar una salida o posibilidad de reinserción para los militantes senderistas que renunciaran a sus principios y denunciaran a otros senderistas. Muchas personas se acogieron y muchas fueron víctimas de esta ley. Es el caso de las dirigentes de Huancabamba.

Una tarde, cuando Paulina Santos, joven dirigente campesina del club de madres, subía de Piura, fue detenida por el teniente de la comisaría, quien le dijo "Ven hija, que te queremos hacer sólo unas preguntas, que venga también tu madre para que escuche." Además de sus datos básicos, le pidieron que les contara por qué iba y venía tanto de la ciudad, qué hacía, quién le pagaba, por qué tenía zapatos nuevos, quién le había comprado esa falda a su mamá, por qué se había amarrado así su pelo, qué traía en su bolsa. Paulina venía de una capacitación en crédito para pequeños productores y tenía consigo los documentos de su curso, su cuaderno y su lapicero. Algo asustada les dijo que estaban haciendo un proyecto para el club de madres, que consiguió que el Ministerio de Agricultura les diera semillas para producir hortalizas y que pronto iniciarían la construcción de un pequeño reservorio para guardar agua y poder regar. Los guardias se rieron y le dijeron: "¿Esperas que te creamos, idiota?; ¿dónde están tus amigos de Sendero?, dinos sus nombres y te soltamos." Sorprendida se echó a llorar, su madre a suplicar que las dejaran ir y en ese momento todo cambió para Paulina. A la madre la soltaron diciéndole: "No cuente de esto señora, su hija es mala, es una 'terruca' y como ella, muchas mujeres de los clubes de madres sólo quieren el mal para nuestro pueblo. Todas van a caer y recibirán su merecido."

Esa noche fue larga para Paulina. Los guardias se emborracharon, le pegaron, le cortaron el pelo y la violaron. Gritos, llantos, sangre, desolación fueron ignorados por la mayoría de la comunidad. Nadie se acercó. Los días siguientes fueron iguales, a Paulina le dolía su cabeza y su vientre, pero no tenía nada que decir. Otras dirigentes también fueron capturadas, aunque ella no las llegó a ver porque la trasladaron a Piura.

A Sofía le avisaron a la semana. Ya había cerca de diez dirigentes apresadas. Ella estaba en Lima y se fue de inmediato. En Piura le dijeron que mejor no subiera a Huancabamba, que tenía orden de captura y la estaban buscando por senderista. Sofía habló con la gente de la iglesia, de Derechos Humanos, de las ONGs, consiguió abogados y logró que las autoridades del penal reconocieran que tenían presas a las mujeres campesinas. Fue una suerte, pues luego dijeron los abogados que esa noche o la siguiente las iban a desaparecer.

Nadie encontraba una explicación al comportamiento de los guardias. Se sabía que Sendero Luminoso no tenía gente reclutada de esa zona, ni que actuaba por allá. Era sólo un corredor, es decir, por ahí sólo caminaban.

La sorpresa fue tremenda cuando, averiguando entre los comuneros, se supo que la denuncia la habían hecho el subprefecto, el juez y el alcalde: los poderes locales de Huancabamba. Había entre ellos una abierta incomodidad y resistencia a que las mujeres asumieran nuevos roles, al cambio. En pueblo de brujos, las mujeres que se educan, que son arriesgadas, inquietas, que retaron a la sociedad tradicional con atisbos de modernidad, fueron acusadas de senderistas como si fueran brujas medievales.

Los hombres poderosos vieron en Paulina, Sofía y sus amigas una amenaza al orden establecido y a su poder. También lo era Sendero Luminoso, y en él había muchas mujeres. ¿Por qué no pensar que habían sido “contagiadas” o influidas por las que venían de Lima? Cualquiera que fuera la explicación, era claro que las mujeres estaban actuando raro, mal. La Ley de Arrepentimiento fue una buena oportunidad para castigar y buscar revertir este desorden, esta revolución de las mujeres.

Lo que pasó en Huancabamba es posible que haya sucedido o siga sucediendo en muchas otras comunidades del país y refleja el lento

y difícil proceso de modernización de una sociedad cultural y socialmente desigual en extremo, en el que las mujeres del interior han sido históricamente postergadas en sus oportunidades de desarrollo.

Mientras esto sucede en los pueblos del interior y en los sectores populares de Lima, en las altas esferas del poder, con la irrupción de mujeres en puestos de importancia, un fenómeno nuevo aparece en la escena política.

Las de arriba, dinámica y conflictos

El Congreso Anual de Empresarios CADE-96 se realizó el año pasado en un elegante hotel de la ciudad de Arequipa, al sur del país. A esta reunión, que congrega a los representantes de los grupos empresariales más importantes y a connotados personajes de la sociedad civil y de la clase política, como es costumbre, asistió el presidente de la República, Alberto Fujimori. También estuvieron presentes mujeres ejecutivas de empresas nacionales e internacionales y funcionarias del más alto rango en el gobierno.

Luego del discurso inaugural, Fujimori se dispuso a recibir el saludo de los concurrentes. En la línea estaban tres de ellas conversando, cuando casi al frente del presidente, irrumpió una cuarta, que llamó la atención del homenajeado. El presidente, haciendo alarde de su amistad y pasando por encima del protocolo, las saludó sonrientemente. Risas y bromas acompañaron al beso de felicitación que le dieron las jóvenes, guapas y muy seguras mujeres.

Esta anécdota frívola expresa una situación que se ha suscitado frecuentemente en distintos momentos del acontecer nacional a lo largo de los últimos años, dejando traslucir una novedosa presencia de un sector particular de mujeres en las altas esferas del poder nacional, las cuales ocupan posiciones muy prominentes. A ellas se debe, por ejemplo, el viaje del presidente a la Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing, en 1995. Con una idea clara de la importancia de aprovechar este escenario internacional para afirmar el protagonismo del presidente y de Perú, y para generar, al mismo tiempo, las condiciones para una mejor aplicación de las políticas sociales focalizadas, como parte de la lucha contra la pobreza (dirigidas a los sectores más pobres de la población y particularmente a las muje-

res), convencieron al primer mandatario de la importancia de su viaje y realizaron todas las gestiones para llevarlo a cabo. Sus contactos con los organismos internacionales y su cercanía y confianza con el presidente aseguraron el éxito de esta empresa.

Sucede que Fujimori, entre muchos de los cambios emprendidos en el país desde 1990, ha abierto el camino para la participación de las mujeres en la escena política. Es notable su presencia en las esferas de poder, la mayoría designadas por el propio Ejecutivo.

Es el caso de dos ministerios y seis viceministerios de tres organismos públicos de alto rango (Indecopi, Promperu, Sunad), del nuevo proyecto de fomento al crédito para la microempresa Mibanco, y del proyecto de reforma del Estado, que fue elaborado por un equipo de tres mujeres. Una mujer formaba parte del Tribunal Constitucional; la ex fiscal de la nación preside hoy la Comisión de Reforma del Ministerio Público; otra representa a Perú ante la Organización de Estados Americanos, y otra más es embajadora en Francia; también se ha designado por primera vez en el país a una defensora de la mujer.

En el Congreso de la República, 13 de los 120 congresistas (10.8%) son mujeres, de las cuales siete son del partido de gobierno. Sin embargo, a pesar del reducido número de congresistas mujeres, por segundo año consecutivo, la mesa directiva del Congreso está conformada por dos mujeres y un hombre; y de las comisiones parlamentarias, cuatro están presididas por mujeres del partido en el gobierno.

Sólo en 1996 se crearon tres instancias al más alto nivel dedicadas al tema de la mujer. El Ministerio de Promoción de la Mujer y el de Desarrollo Humano (Promudeh), la Defensoría de la Mujer en la Defensoría del Pueblo y la Comisión de la Mujer en el Congreso de la República. Todas, presididas por mujeres profesionales de reconocida trayectoria, plurales y legitimadas ante la opinión pública.

¿Quiénes son estas mujeres? ¿Cuáles sus características? ¿Cómo llegaron a tener tal posición? ¿Están ahí por decisión del presidente únicamente o hay otras explicaciones que sustentan la presencia de las mujeres en la política actual? ¿La emergencia de mujeres en el poder está produciendo cambios para el conjunto de las mujeres peruanas, particularmente para las dirigentas locales, como en el caso de Huancabamba?

Un perfil de las mujeres poderosas

Las mujeres en posiciones de poder e influencia constituyen un grupo muy heterogéneo. Hay entre ellas significativas diferencias sociales, ideológicas y generacionales. Los intereses que las acercan al poder son muy diversos, y mientras unas se relacionan directamente con el presidente y cuentan con su confianza, otras están en la segunda línea y tienen una actitud ambivalente hacia el gobierno.

Muy cercanas al presidente, como dijimos, se encuentra un pequeño grupo de mujeres jóvenes y modernas, procedentes de familias de clase alta, abogadas, administradoras de negocios, banqueras o periodistas, que por la crisis y la violencia se educaron y vivieron fuera del país y han regresado gracias al gobierno. De ahí su lealtad con el presidente, a quien consideran el salvador de Perú. No tienen afiliación ni experiencia partidaria, por lo que no resultan amenazantes y hoy forman parte de la nueva burocracia como funcionarias, asesoras o consultoras del Ejecutivo.

Su legitimidad en el poder se asienta en el discurso modernizante y liberal que postulan y en su cercanía a los organismos internacionales, lo que les permite movilizar y canalizar recursos de todo tipo. Además de llevar al presidente a Beijing, se encargaron, por ejemplo, de organizar los "Road Shows" sobre Perú en los escenarios empresariales del mundo, de vender las acciones de la Compañía de Teléfonos en el mercado financiero de Nueva York, o de desarrollar los programas de crédito popular con el modelo y la asistencia de los gestores de esta propuesta en la India o en Bangladesh. Aparte de estas particularidades, ese grupo de mujeres puede, al mismo tiempo, convocar y tender puentes con algunos sectores de intelectuales feministas, especialistas en cuestiones de la mujer o protagonistas del movimiento social. Ese doble vínculo con los organismos internacionales y con las mujeres las hace funcionales, mas no dependientes del presidente.

Además de las "regias", muy cerca del poder se encuentran las "políticas", las incondicionales del mandatario. Por afinidades étnicas, relaciones familiares o amistades probadas a través de muchos años en la función universitaria, forman parte del partido de gobierno, y desempeñan altos cargos en el Parlamento y en el aparato del Estado. Tienen fuertes vínculos de lealtad y dependencia con el presi-

dente y su permanencia sólo está asegurada en tanto Fujimori continúe en el poder. En este grupo se distinguen con cierta nitidez dos sectores: por un lado están las congresistas y las ministras y vice-ministras, que provienen de familias de clase media, tienen estudios superiores, son funcionarias de carrera, abogadas, ingenieras y maestras bastante calificadas, técnicas y profesionales, y a juzgar por la imagen que transmiten en sus acciones, son autoritarias y obsecuentes con el poder; por el otro, las "orientales", mujeres de procedencia familiar asiática, de las que sólo se sabe que están ubicadas en puestos clave, pero en la segunda línea, y se dice que son los "ojos y oídos" del presidente. Por la magnitud de los cargos y el perfil tan bajo que guardan, parecería que se trata de mujeres en las que el presidente tiene una altísima confianza. No tienen un rol público necesariamente y más bien, a diferencia de las primeras, son reservadas, serias, austeras. No juegan a la seducción ni aspiran al protagonismo público. Podrían ser las comisarias del régimen.

Además de las "regias", las "políticas" y las "orientales" incondicionales, también se encuentran en la segunda línea de las altas esferas del poder (aunque sin llegar a tener una relación cercana ni vínculos con el presidente) un grupo de mujeres intelectuales y profesionales, especialistas en temas de género y muchas de ellas feministas de las ONGs.

La creación de las instituciones de la mujer en los Poderes Ejecutivo y Legislativo ha abierto el espacio para que muchas mujeres profesionales, abogadas y científicas sociales, especialmente, sean convocadas a título personal para participar en el diseño, formulación y ejecución de políticas sociales, en la presentación y tramitación de leyes y en la preparación de "planes operativos de trabajo" para estas instituciones.

Con la idea de no aislarse del escenario en el que se toman decisiones y tratando de influir positivamente para que las nuevas políticas impulsadas sean de la mejor calidad y para beneficio de las mayorías, estas mujeres intelectuales y profesionales, de orientación feminista, están dispuestas a colaborar con el gobierno. Un aspecto destacable de este grupo es que desempeñan un importante papel como "bisagra" entre las instituciones y las mujeres en el poder, y los distintos grupos en la sociedad, aunque no siempre gocen del respaldo de las organizaciones feministas. Asesoran y vinculan a las

dirigentes populares con congresistas, funcionarias y, eventualmente, con sectores de empresarias. Han contribuido, en gran medida, a activar el dinamismo de las dirigencias locales y de las mujeres como Paulina Santos en las provincias y en los barrios pobres de Lima.

Luego tenemos a las parlamentarias de la oposición, que son un número reducido de abogadas, economistas y periodistas sin relación alguna con el presidente, como es de suponerse, y debido a las diferencias que existen entre ellas, basadas en su procedencia y formación, no constituyen un grupo políticamente articulado. Mientras unas pasan inadvertidas, otras son importantes lideresas de la oposición, como son los casos de Lourdes Flores, que desempeñó un papel sumamente protagónico en los recientes acontecimientos de la política nacional,² y de Beatriz Merino, quien presidió la primera Comisión de la Mujer en el Congreso.

Finalmente, un sector que cobra importancia en el ámbito público, a las que sólo mencionaré muy sucintamente en este artículo, son las juezas. Las continuas violaciones constitucionales y en la administración de justicia de parte de los políticos y funcionarios del gobierno han encontrado un freno entre las mujeres juezas del Ministerio Público y el Poder Judicial. Su defensa de la democracia y de los derechos humanos las ha hecho, a menudo, merecedoras de destituciones, transferencias o amonestaciones.

Jóvenes y maduras: diferencias generacionales

Hemos presentado, *grosso modo*, los diferentes grupos de mujeres en posiciones de poder e influencia. A esta diversidad que corresponde más con la trayectoria, los intereses y las expectativas de las mujeres, habría que añadir las diferencias generacionales que se encuentran entre ellas.³

² Esta congresista asumió públicamente el cuestionamiento de la nacionalidad del presidente, sustentó ante el Congreso la institucionalidad de la decisión de retirar a tres miembros del Tribunal Constitucional y denunció la arbitrariedad cometida contra el director del canal dos de televisión como un acto en contra de la libertad de prensa.

³ Por los cambios tan abruptos que ha vivido el Perú en las últimas cuatro décadas, el momento en el que nacieron y se criaron marca, hasta cierto punto, el comportamiento social y político de cada grupo generacional.

Mientras que las mujeres mayores de 50 años nacieron en un país tradicional, eminentemente rural y hasta cierto punto estamental, las generaciones intermedias nacieron en los años cincuenta y sesenta, con el inicio del proceso de modernización nacional y las grandes migraciones del campo a las ciudades, de la Revolución cubana y de la guerrilla en Perú. Las más jóvenes, por su parte, llegaron en los setenta, años de relativa bonanza económica, de cambios políticos importantes y de profunda movilización social. Es la época del florecimiento de la izquierda, de la dictadura militar de las fuerzas armadas, de mayo del 68, fecha clave para los estudiantes universitarios, de la teología de la liberación, el despegue de la Iglesia de los pobres y del feminismo.

Provenientes de tres escenarios bastante diferenciados, las mujeres en el espacio público y político muestran perfiles muy diferentes y responden a intereses y expectativas diversas.

Las más jóvenes (entre 30 y 40 años), son individualistas y competitivas, y valoran la eficacia de las acciones. Su convicción para participar en este gobierno, asumiendo cargos de poder y decisión, se da cuando el presidente recupera la autoridad y la gobernabilidad del país. El personalismo de Fujimori es más apreciado que cuestionado: él es capaz de tomar decisiones difíciles, tiene coraje y firmeza; les ha dado la posibilidad de "recuperar su país" (que era "invivable"), les dio futuro, perspectiva, posibilidad de ubicarse (pertenecer) y vivir en Perú.

En su razonamiento, los problemas del país son estrictamente técnicos y, por tanto, se pueden solucionar con la aplicación de políticas eficaces y eficientes, para las cuales se sienten preparadas. (El problema de la educación es sólo un problema fiscal, señalan). La demanda por la institucionalidad es una cuestión importante, sin embargo parecen verla atendida en el terreno económico, no así en el campo de la sociedad y de la política. La falta de respeto y la "viveza criolla" les generan rechazo, pero estuvieron dispuestas a apoyar al presidente Fujimori, el gran transgresor de las normas constitucionales en el autogolpe de 1992, en nombre del restablecimiento del orden. No se reconocen feministas, pero tienen internalizada la noción de igualdad de derechos y de oportunidades. Muchas de ellas miran con cierta admiración a las feministas, aunque mantienen sus distancias frente a un discurso que perciben como estridente y demasiado radical e ideologizado.

Las mujeres de edad mediana (entre 40 y 50 años), que se hicieron de una profesión cuando todavía no era un mandato social para su generación, son ejecutivas, claras y empeñosas, pero, al tener más recorrido de vida y una experiencia un poco convulsionada debido a los grandes cambios sociales, su percepción sobre la sociedad y la política es más compleja, matizada y, hasta cierto punto, desencantada. Si bien tienen una actitud frente al país y la política con visos de servicio y de gestión técnica, la caída de los grandes paradigmas ha reducido sus expectativas a la atención de intereses muy concretos, particulares a determinados grupos: los pobres, y en menor medida, las mujeres. Valoran la igualdad y los derechos, pero éstos, en la práctica, no necesariamente suponen la existencia de un régimen democrático en un sentido cabal del término. Muchas de las leyes en beneficio de las mujeres, a lo largo del siglo, se promulgaron durante regímenes autoritarios. En ese sentido, un sector considerable de las mujeres de 40 años y más basan su participación en un respaldo o acuerdo con el gobierno y el presidente, en la posibilidad de servir a su país.

Las mujeres mayores, agradecidas de "su suerte", se saben originales, diferentes a sus contemporáneas, y dan mucha importancia a su capacidad de trabajo y a su intuición. Valoran haber conseguido su autonomía económica, pero su autoestima proviene de cómo otros las evalúan, de cuán consideradas son en su trabajo, más que de lo que ellas han construido por sí mismas. Por eso, frente a la política y a Fujimori, sus valores se articulan alrededor de la lealtad y la gratitud.

¿Reacciones esperadas?

La presencia o cercanía en el poder de este variado grupo de mujeres ha alterado el escenario político tradicional. Sin la brutalidad y violencia de la experiencia de las mujeres de Huancabamba, expresiones ambiguas y sutiles de incomodidad y extrañeza han sido vertidas por políticos y funcionarios a través de los medios de comunicación.

Parecería percibirse una cierta incomodidad que se manifiesta de muchas maneras y no implica, necesariamente, una confrontación abierta. La banalización, el desprestigio o la ridiculización pueden ser más útiles. Los senderistas supieron utilizarlas para des-

prestigiar a sus enemigos y enemigas y luego justificar su asesinato. Éste fue el caso de María Elena Moyano y de muchas otras dirigentes populares asesinadas por Sendero Luminoso.

Cuando se anunció la creación del Ministerio de la Mujer, la resistencia y el recelo de mucha gente (periodistas, políticos de oposición, intelectuales) fue inmensa. La desconfianza frente a un nuevo Ministerio en momentos en que se anunciaba una reforma del aparato del Estado era comprensible. Podía considerarse como una nueva estrategia del presidente para reforzar su maquinaria política de apoyo para la reelección. Sin embargo, ante la sorpresa de muchas personas, las discusiones que se sucedieron no tuvieron un corte político. Más bien, los políticos no hicieron comentarios y la prensa, en buena cuenta, trivializó la discusión centrándose en si la ministra tendría o no buenas piernas, si tenía que ser joven y bonita, si tendría pareja o debería ser soltera, etcétera. La situación llegó a límites inaceptables cuando a los pocos días de la designación de la nueva ministra, un periodista se atrevió a preguntarle si ella pensaba que había sido la elegida por ganar el concurso de lindas piernas.

Sin suponer la existencia de una campaña concertada, resulta interesante conocer cómo se trató el tema en los medios, hoy uno de los escenarios privilegiados de la política. Pierre Bourdieu hace referencia al uso de la violencia simbólica como mecanismo inconsciente de agresión o discriminación, en el que están comprometidos tanto el agresor como la víctima. En efecto, algunas de las mujeres "voceadas", en alarde de seguridad y supuesta femineidad, en ese momento aceptaron el juego de las lindas piernas, diciendo: "por qué no, si las tenemos". A la larga resultó ser una concesión que afectó la nueva imagen de la ministra.

Es innegable que tanto en las altas esferas del poder como en los alejados pueblos del país, la emergencia de mujeres en la sociedad local y en la política nacional es un fenómeno nuevo que moviliza y cuestiona viejas prácticas y plantea a las nuevas lideresas situaciones conflictivas entre ellas y con otros sectores de la sociedad.

La dinámica del poder para este diverso conjunto de mujeres, especialmente para las del entorno de Fujimori, suele ser a menudo complicada y muestra tensiones y conflictos entre ellas, que sólo se superan por la lealtad al presidente. Una perversa combinación de celos, diferencias ideológicas (las conservadoras-católicas y las libe-

rales) y diferencias sociales y generacionales tensan las relaciones entre las mujeres fujimoristas.

Mientras unas (las "regias" y algunas congresistas), parecieran tener una fluida relación con el mandatario y son asesoras escuchadas por el presidente, muchas otras, entre las políticas, a pesar de tener una militancia disciplinada y un comportamiento leal y ejemplar, no llegan a lucirse con el líder como parecieran querer. Estas diferencias generan fricciones que pueden llegar a comprometer, momentáneamente, decisiones políticas y que demandan la intervención del mandatario. En todo caso, para todas, queda claro que Fujimori es un referente clave y que un selecto grupo de mujeres forma parte de su círculo más cercano.

Las discrepancias también alcanzan a otros sectores de las mujeres. Entre las intelectuales y feministas existen serias discrepancias sobre si participar o no en este momento. Para unas, participar significa hacerle el juego a Fujimori y al autoritarismo de este gobierno, de ahí que se muestran muy reacias a tratar con el Estado. Para otras, en cambio, la actual política del gobierno está abriendo espacios para incorporar puntos de su agenda en el marco de las nuevas instituciones gubernamentales; la posibilidad de intervenir podría asegurar la calidad y la "línea" de las nuevas propuestas de política social que se están diseñando y ejecutando por decisión del presidente.

Algunas explicaciones sobre la presencia de mujeres en el poder

Sin duda la incorporación de mujeres en la escena pública y política se puede explicar por un conjunto de razones de carácter estructural, tanto nacional como internacionalmente. Este fenómeno se asocia con el proceso de modernización que emprende Perú en la década de los cincuenta que, entre otros cambios, amplía el sistema educativo para la población femenina y favorece el incremento de las mujeres profesionales. A ello se suma la importancia que adquiere el tema de la mujer en el discurso internacional de las últimas décadas. Las preocupaciones y propuestas expresadas en diversos eventos mundiales organizados por las Naciones Unidas a propósito de la infancia, el desarrollo, la población, la educación y la mujer, han ido reivindicando

do e incorporando en las agendas nacionales y de los organismos internacionales la preocupación por la situación de las mujeres.

Es destacable, asimismo, la vasta experiencia de movilización de sectores medios y populares femeninos durante los ochenta. Con la participación de las mujeres en distintos espacios del ámbito público y en variadas formas de organización, se fueron modificando los roles y modelos de actuación femenina y se produjeron cambios en las actitudes, valores y prácticas políticas.

Sin embargo, sin desestimar la importancia del proceso de modernización y del movimiento social de los ochenta, existe en Perú actualmente una coyuntura especialmente favorable, aunque precaria, para explicar el incremento de la participación y visibilidad de las mujeres en la vida social y política del país. Esta particular coyuntura tiene que ver, directamente, con el interés del presidente de la República y el tipo de escenario político que éste ha impuesto.

Fujimori tras las mujeres

En los últimos años ha quedado de manifiesto el interés del presidente por favorecer la designación de mujeres en altos cargos y, en términos masivos, por atender sus problemas como parte de la agenda política nacional. Expresión de ello es la creación de nuevas instituciones y la promulgación de un conjunto de medidas de política social dirigidas hacia este sector de la población.

En el actual contexto de la política nacional, las grandes decisiones se toman y ejecutan, o no, de acuerdo con el interés y la decisión del presidente. El estilo personalista y centrado en la figura del mandatario que adoptó la política peruana desde los primeros años de su gobierno, ha dejado de lado otras formas de mediación institucional. A ello contribuye el debilitamiento y deslegitimación de los partidos, que no ofrecen condiciones para canalizar las demandas e intereses de las mujeres, y una débil sociedad civil, incapaz de manifestarse y menos aún, de fiscalizar, efectivamente, las acciones del gobierno.

La decisión particular del presidente Fujimori de convocar a algunos sectores de mujeres "poderosas" y populares, "desde arriba", puede entenderse como un mecanismo de manipulación política del electorado femenino a través de estrategias de inclusión selectiva y segmentada; como una inteligente concesión a los organismos inter-

nacionales que presionan con el tema de género; porque el presidente se identifica con los sectores más discriminados debido a su procedencia japonesa y popular; o bien, porque confía en la honestidad y lealtad de las mujeres y, desde su política en extremo personalizada o por un cálculo costo-beneficio, considera que al recibir atención, ellas se convertirán en sus aliadas incondicionales. Ninguna de las razones parece excluir a las otras y cada una podría ser parcialmente cierta. En todo caso, todos estos factores abonan una presencia indiscutible de mujeres en posiciones de poder e influencia, elegidas o designadas desde arriba, y en una novedosa atención a la problemática femenina.

¿Las mujeres tras Fujimori?

Sin embargo, el presidente no está solo en su interés por incorporar a las mujeres en su gobierno y en su agenda. A él se suman los intereses de las propias mujeres por participar y ocupar puestos de importancia y responsabilidad, o simplemente, por darle su apoyo y ser beneficiarias de este régimen. Parecería que en este interés subyace un comportamiento “pragmático” entre diferentes sectores de mujeres que alienta la actual participación femenina. Unas ven en este gobierno la posibilidad de acceder a las altas esferas del poder, e incidir en la reestructuración social y política del país; otras, la posibilidad de usar los canales y las instituciones existentes para ampliar y garantizar los derechos femeninos. Esto es, “empoderar” a otras mujeres. Otras, tal vez, sólo quieren trabajar, ganar dinero y tener poder. Como profesionales se sienten capacitadas y la administración pública ofrece hoy oportunidades aceptables para ellas.

Por diferentes razones las propias mujeres se sienten convocadas por este régimen. Además de aquellas directamente involucradas en posiciones de poder, o las convocadas a través de las instituciones *ad hoc*, en términos generales; habría, entre mujeres de muy distinta condición, una disposición para respaldar este régimen. Para las de clase alta, el discurso de orden y seguridad son la base fundamental de su anuencia al fujimorismo; para las profesionales e intelectuales de clase media interesa también la posibilidad de ampliar el espacio de participación femenina y de reivindicar sus derechos. Las mujeres de sectores populares son convocadas segmentariamente por

las políticas sociales focalizadas: se les otorga asistencia directa (nutrición, planificación familiar y crédito), infraestructura social (agua y desagüe, postas médicas, centros de salud, aulas, colegios, locales comunales) e infraestructura económica (electrificación, caminos, pequeñas obras de irrigación).

Sin duda, las mujeres no aparecen recién en la escena social; ya en la década de los ochenta sectores femeninos organizados desempeñaron un papel importante y tuvieron probablemente comportamientos "pragmáticos", pero estuvieron encubiertos por la vigencia y el ejercicio de un sistema de partidos. Hoy el comportamiento "pragmático" de las mujeres adquiere mayor visibilidad en tanto no existen los canales tradicionales de participación y expresión política. La política del presente no pasa por los partidos y más bien, en el gobierno, se ha abierto un espacio para ellas.

En efecto, el régimen fujimorista tiene acogida entre mujeres de distintas capas sociales, estructural e históricamente postergadas, que tienen intereses y expectativas desatendidas, los cuales creen poder alcanzar hoy, con este gobierno. Este punto de encuentro se expresa tanto en el discurso y la práctica gobiernista como en las expectativas de diferentes sectores sociales femeninos. Del lado del gobierno, se expresa y difunde una imagen de firmeza y un discurso que ofrece orden y seguridad; se enaltece el esfuerzo individual, el valor de la propiedad y de la competencia; se proclama la necesidad de promover a las mujeres en tanto ciudadanas, con igualdad de derechos y oportunidades; se interpreta la democracia como una suma de acciones que se concreta en resultados tangibles.

En concordancia con tal discurso, las acciones del gobierno (programas sociales focalizados, obras públicas, crédito, titulación, documentos de identidad) y la formación de instituciones públicas *ad hoc* para las mujeres, se dirigen a estos sectores sociales en tanto individuos; no son producto de negociaciones ni suponen la interlocución institucional con colectivos, aunque pueden ser vistas como una forma muy eficiente de incorporar las iniciativas de las organizaciones colectivas, pero controlándolas. Esto es importante, pues el control es una característica clave de este gobierno.

La contraparte social del discurso y de la práctica del gobierno es la existencia de mujeres con muchas y muy diversas necesidades insatisfechas y escasos canales de participación. Buscan poder, de-

rechos para las mayorías, quieren tener la posibilidad de acceder a oportunidades del mercado, atención y asistencia y, en última instancia, todas quieren orden y seguridad.

Las de arriba y las de abajo: ¿un nuevo desencuentro?

Este escenario de múltiples intereses parecería plantear una serie de posibilidades de participación política para las mujeres; sin embargo, la dinámica del poder de un régimen híbrido como el gobierno de Fujimori, en el que se combinan prácticas arbitrarias, controlistas y autoritarias, con una política hasta cierto punto democratizadora, en tanto ofrece mecanismos de incorporación y de atención a una población femenina desorganizada, plantea un conjunto de problemas que conviene analizar. Esto es particularmente delicado si tomamos en cuenta la debilidad y desarticulación de la sociedad peruana actual.

En efecto, el Ejecutivo tiene la intención de incorporar a las mujeres, pero su intención está claramente sesgada por la conveniencia política de reclutar una base social de apoyo, lo que es comprensible, y forma parte de la vida política. Por su parte, las mujeres constituyen un conjunto sumamente heterogéneo y diverso, con necesidades históricamente insatisfechas, y con un bajo nivel de organización, a pesar de las experiencias de los años anteriores. En consecuencia, los objetivos que tienen son variados, las expectativas muy bajas y las formas de representación y de ejercicio político son en extremo, limitadas. Las mujeres, como tales, no tienen representantes. En ese contexto, la capacidad de negociación y en consecuencia, de acción política es muy insuficiente.

Por su parte, las que están hoy en el poder, si bien pueden haber desarrollado una "sensibilidad" de género, más que responder a los intereses de las mujeres, responden hoy a sus propios intereses, y a los del presidente, que para ellas equivalen a los del país. No representan a la generalidad de las mujeres ni pretenden hacerlo.

Entonces, lo que podría pensarse como un escenario ideal de interacción entre la política y la sociedad, donde el mandatario propone y las mujeres negocian de acuerdo con sus intereses, no existe. No hay canales de relación entre las mujeres en el gobierno y el resto

de las del país. Y éstas, por su parte, sin organizaciones legítimas y sin líderes que orienten y articulen un movimiento, están a merced de lo que ofrezca Fujimori, dispuestas a recibir lo que se les dé para acceder a los beneficios prometidos.⁴

Así, una convocatoria "neopopulista" basada en una atención segmentada; individualizada, que supone una población dispersa y no admite organizaciones sociales, termina siendo fácilmente aceptada por un amplio sector femenino. No existen, por el momento, mecanismos de mediación que presenten y peleen por sus demandas, y mientras éstas sean asumidas y parcialmente atendidas desde arriba, parecería que no se siente la necesidad de activarlos.

Por otro lado, la posibilidad de (re)construir un movimiento social que articule diferentes intereses, que tenga lideresas locales como Paulina, que se relacione con otras lideresas locales y regionales y constituyan una dirigencia y una representación nacional es hoy en Perú muy difícil. La crisis generalizada por la que atravesó el país a principios de la década, el asesinato de María Elena Moyano y de dirigentes valiosas que pudieran hoy ser las representantes populares que hacen falta, y la desactivación de importantes organizaciones como el Vaso de Leche y los comedores populares, por acción y decisión del gobierno, ha bloqueado una posibilidad de encuentro entre las de arriba y las de abajo. A ello se suman los efectos de las políticas de inclusión segmentaria del gobierno, que bloquea cualquier esfuerzo de agregación, y la debilidad de las fuerzas de oposición al régimen, que al igual que el movimiento de mujeres no logra articular una propuesta alternativa coherente.

Esta situación plantea serios problemas a la construcción y el fortalecimiento de la democracia en Perú, y al papel que las mujeres pueden desempeñar en esta dirección. Sin duda, la ampliación interesada del escenario y de la agenda femenina, que pudieran ser

⁴ Sin embargo, ante la sucesión de arbitrariedades del gobierno mencionado en una nota anterior, que se asientan en los deseos reeleccionistas del presidente (destitución a miembros del Tribunal Constitucional, despojo de la nacionalidad al dueño del canal 2 y "chuponeo" telefónico a importantes líderes de oposición, entre otros) esta adhesión casi incondicional mostró sus límites. En las encuestas de opinión del momento, Fujimori bajó cerca de 30 puntos en su popularidad. Una explicación posible es que ante la amenaza al orden y la seguridad logrados con tanto sacrificio, la sociedad se resiente. Precisamente, porque Fujimori restableció el orden y devolvió la seguridad a los ciudadanos es que tiene amplio margen de acción. Pero encuentra su freno cuando comete actos de arbitrariedad y abusos que reeditan el miedo al caos y al atentado personal. La opinión es más definida en este sentido que la masculina.

consideradas como “logros”, no tendrán sostenibilidad en el futuro si no se refuerzan los mecanismos democráticos de participación. Hacerlo significa que las mujeres, o mejor dicho, un sector de ellas, más allá de las que actualmente se encuentran como administradoras y gerentes del poder y de los intereses de Fujimori, acepte el reto complicado y hasta cierto punto “truculento” de entrar en la política, de hacer política, de contaminarse y negociar con el gobierno, si esto es posible, o simplemente, de influir en él, en el conjunto de políticos y en la opinión pública. Al mismo tiempo, revertir la inercia social es un objetivo imprescindible de cualquier acción futura.

Algunas ideas finales

El solo hecho de que haya un número creciente de mujeres en el Ejecutivo y Legislativo tiene connotaciones positivas, independientemente de los logros que su presencia materialice en favor del conjunto de mujeres o de la democracia. En términos simbólicos, se construyen y difunden nuevos modelos de ser mujer, con poder y capacidad de decisión. Por el papel que desempeñan, las mujeres del entorno de Fujimori aparecen en los medios masivos liderando posiciones gubernistas sobre muy diferentes temas con gran firmeza y convicción. Ello contribuye a ampliar, diversificar y enriquecer los modelos de lo que significa ser mujer y, sobre todo, ser mujer con poder en el imaginario femenino. Se van quebrando los viejos estereotipos que las encasillan en los tradicionales modelos de esposas al servicio de los maridos, del pueblo o del país. La variedad de la participación femenina hoy, muchas veces asumiendo posiciones muy controversiales, humaniza la figura femenina y muestra las diferencias que existen entre ellas, las diferentes posiciones que pueden asumir en el ejercicio del poder y contribuyen así a romper el mito de la idílica “hermandad femenina”.

En términos prácticos, la presencia de muchas mujeres, no todas, promueve la discusión de temas y la propuesta de leyes que defienden sus derechos. Sin duda, no hubiera sido posible pensar en la aprobación de muchas de las leyes que hoy existen en su beneficio, de no haber sido por la participación de éstas en las diferentes instancias del poder. Curiosamente, el interés por la cuestión femenina

no está asociado ni supone una afiliación feminista ni tampoco democrática.

Sin embargo, si bien podemos reconocer que hay un avance en cuanto a la presencia de mujeres en los espacios de poder y decisión, e incluso en lo que se refiere a la adopción de algunos puntos de una agenda de género —como parte de la agenda política nacional—, el régimen fujimorista plantea un dilema para las intelectuales, las feministas y las políticas de oposición, tanto por su carácter antidemocrático como por la debilidad de la sociedad civil y de los partidos políticos. La resistencia y desconfianza de muchas ¿es una cuestión de principios, de falta de experiencia política o de ambivalencia frente al poder?

Aceptar la invitación a colaborar con un gobierno personalista y autoritario como el de Fujimori, es saber, de antemano, que las mujeres pueden o van a ser utilizadas como parte de la estrategia antidemocrática del gobierno para obtener adhesiones y perennizarse en el poder. Es un juego peligroso en el que se puede salir perdiendo. Sin embargo, no participar en la idea de fortalecer un movimiento de oposición político es perder, de antemano, una importante oportunidad para mejorar las condiciones de vida de la población y para ir reconstruyendo la débil sociedad civil peruana.

Plantearlo en blanco y negro es provocador, pues en la medida en que el régimen se siga cerrando y debele cada vez con mayor transparencia sus intenciones autoritarias, las posibilidades de participación irán desvaneciéndose. Es cierto. Sin embargo, cabe la provocación para seguir debatiendo y tomar algunas medidas que alienten la reconstrucción democrática con la participación femenina en el tiempo corto y en la larga duración.

recibido en marzo de 1997
aceptado en octubre de 1997

BIBLIOGRAFÍA

ALFARO, ROSA MARÍA, *Mundos de renovación y trabas para la acción pública de la mujer*, Sondeo de Opinión, Calandria, 1996.

BLONDET, CECILIA, "El movimiento de mujeres en el Perú", en JULIO CLOTER (ed.), *Perú 1964-1994*.

BLONDET Y MONTERO, *La situación de la mujer en el Perú 1980-1994*, Documento de trabajo núm. 68, noviembre de 1994.

BORDIEU, PIERRE, "Una suave violencia", en *El País*, 29 de septiembre de 1994.

CORAL, ISABEL, *Desplazamientos por violencia política en el Perú 1980-1992*, Lima IEP/Ceprodep, 1994.

COTLER, JULIO, "Crisis política, outsiders y autoritarismo plesbiscitario: el fujimorismo", en *Política y sociedad en el Perú. Cambios y continuidades*, diciembre de 1994.

FERNÁNDEZ, BLANCA, "De qué desarrollo hablamos", en *Chacarera*, núm. 22, mayo de 1997, pp. 42-43.

MONTERO, CARMEN, "Ciclos de vida y tiempos de escuela", en *Educación y género ¿Todos igualitos?*, Lima, Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996.

